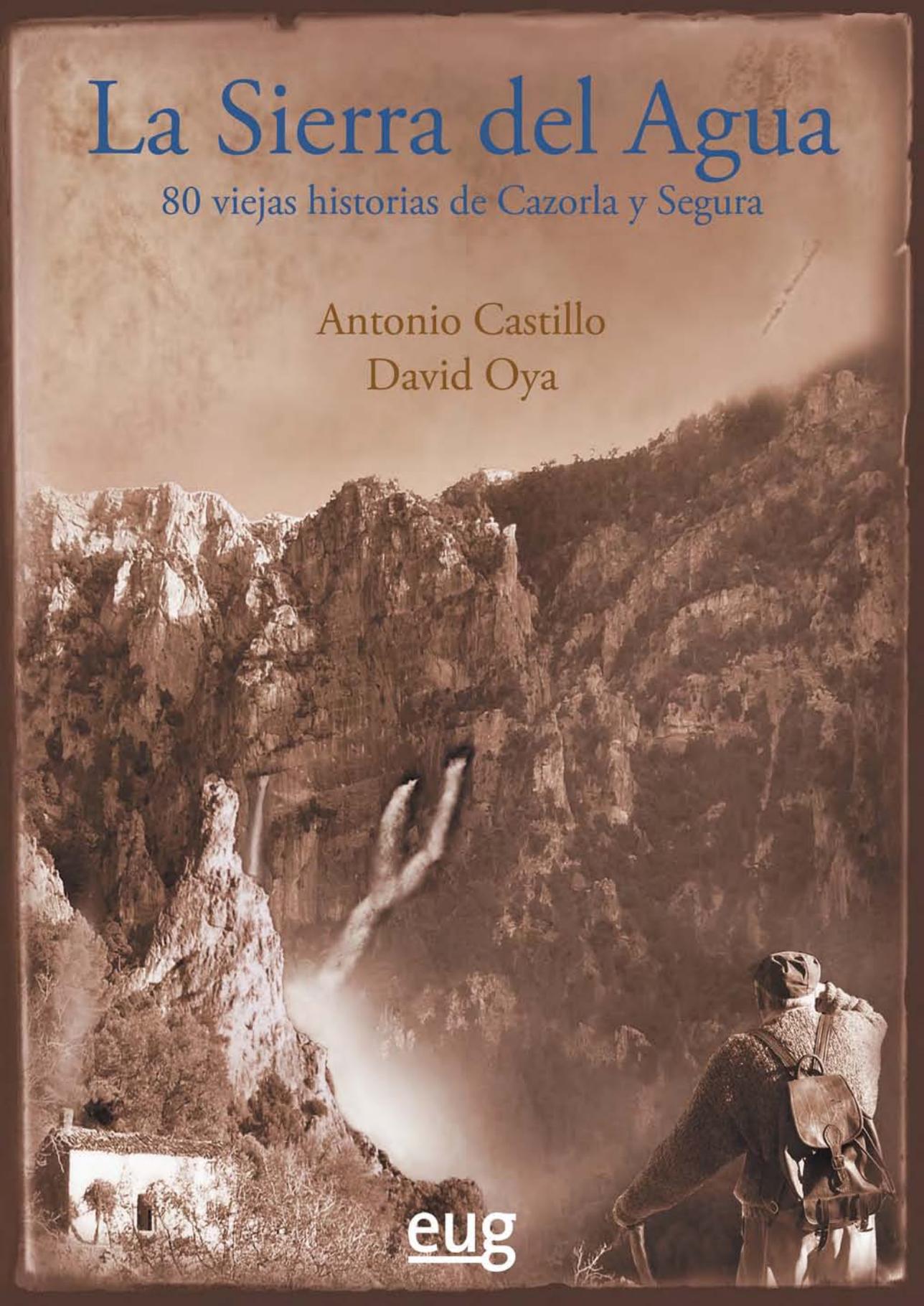


La Sierra del Agua

80 viejas historias de Cazorla y Segura

Antonio Castillo

David Oya



eug

CASTILLO, A. (2012)

"El silencio de la ausencia. Fuentes que se secan"

En: "La Sierra del Agua: 80 viejas historias de Cazorla y Segura". ISBN: 978-84-338-5415-5.

Editorial Universidad de Granada. 111-115



25. El silencio de la ausencia. Fuentes que se secan

Por Antonio Castillo



«Piedras de lavar olvidadas, cubiertas por la hojarasca y las ramas muertas». Lavadero seco de la antigua aldea de los Goldines, en la sierra de Segura (foto José Gómez, 2000)

LAS CHICHARRAS atronaban en la estrecha vega del Zumeta, mientras seguía el surco de espigas secas que iba dejando el Tío Juan. Sabedor de mi afición por las aguas, quería enseñarme un profundo desfiladero de pozas entre Santiago de la Espada y la aldea de Tobos.

—Este río es el Zumeta, que no lo conoce mucha gente, y que aquí hace frontera entre Jaén y Albacete. ¿Ve aquél cartel de pesca en la orilla de enfrente? Es de la Comunidad de Castilla-La Mancha. En mi época, todo esto era el Río, sin fronteras.

A lo lejos, en el desfiladero, debajo de aquél puntal que le dicen el Salto de la Novia, está el sitio que quiero enseñarle. Allí, aparte de nacer algo de agua, se formaban unas pozas hondas y peligrosas por los remolinos y la fuerza de la corriente, incluso por este tiempo de calor (tras una buena caminata llegamos al precipicio que domina a vista de pájaro la corriente). Ahora, ya se da cuenta lo que quería enseñarle. Da pena ver los chilancos. A las pozas se le ven las tripas, las sobacas y las cuevas. En mis tiempos mozos, las aguas eran oscuras y vigorosas, y era imposible acceder a ellas, salvo en años de secas, claro está. Allí se metían las truchas más grandes. Ya ve, ahora el misterio ha desaparecido.

Adonde va el río de agua que había antes y el de ahora. Usted que está estudiando esto de las aguas sabrá por qué están mermando tanto.

La pregunta me coge por sorpresa y desde luego sé que lleva intención. El Tío Juan tiene sus propias convicciones, maceradas y asentadas después de mucha observación de campo, y de largas tertulias de chimenea y taberna con sus paisanos. Como científico tengo seguramente más dudas que él y temo no estar a la altura de sus expectativas, pero no puedo rehusar la respuesta. Además el tema me preocupa y lo tengo fresco.

Hace solo unos meses, cuando pintaba la primavera y se sentían los primeros abejarucos, me pasó algo parecido con otro serrano en la zona de Hornos. Ese día andaba buscando una fuente que intuía malamente

por donde debía estar. A lo lejos divisé una banda caliza sobre materiales arcillosos. Un cortijo en ruinas y una antigua roza a sus pies me indicaron que allí cerca podía hallarse lo que iba buscando. Llegué a la calva, un antiguo lienzo de riego de un par de hectáreas, hoy un duro pedregal salpicado de monte. Busqué la cabeza del agua y empecé a seguir lo que creía una vereda. Tardé algo en darme cuenta que junto a ella iba entre el monte una antigua acequia de tierra, ahora desdibujada por la erosión. A unos centenares de metros me tropecé de bruces con una alberca terriza, parcialmente cubierta de zarzas y espinos. Un poco mas arriba estaba la fuente que buscaba, el origen de toda aquella infraestructura hidráulica, apenas un hilillo de agua que manaba de la banda caliza que vi desde lejos. Todo andaba levantado de los jabalíes, de forma que el agua no llegaba a correr siquiera. ¿Cómo era posible que el agua pudiera circular por la reseca acequia y, llegado el caso, cómo la gente podía regar con aquél manantial tan mísero, y eso que me encontraba allí después de un invierno que había sido bueno en aguas?

Y como esos ejemplos del Zumeta y de Hornos se podrían citar cientos en estas sierras, muchos reflejados en antiguas escrituras de fincas, en relación a fuentes y riegos hoy desaparecidos. Aquel día reflexioné, una vez más, sobre el asunto. Ahora, dando vistas al escondido chilanco del Zumeta empecé a desgranar mis cábalas ante el Tío Juan. Para entrar con buen pie, decidí comenzar por los motivos menos cuestionables, los que sabía que estaba esperando oír. Mire, la tierra se está calentando y ya no nieva como antes. Que las nevadas y el deshielo tenían en estas sierras un efecto muy beneficioso sobre veneros y fuentes. Las nieves se acumulaban en potentes espesores en navas, torcas y *sorbeores* (como ustedes les dicen a las dolinas), y ofrecían al terreno el agua poco a poco, sin desperdiciar más gota que la poca que se bebía el sol. Además, ya sabe, alimentaba los veneros cuando más se necesitaba el agua, que es en primavera y verano. Pero no solo es que nieva menos, es que el calor también aumenta la sed del sol y de las plantas, que se la quitan a la tierra, y de ahí a los veneros y a las fuentes.

Y otra cosa. Ahora gastamos muchísima más agua que antes en riegos y en las casas. Y para ello se están haciendo cientos de pozos, cerca y lejos, someros y hondos, ricos y pobres en aguas. Y poco a poco, vamos «deshidratando» la tierra. Y claro, tiene que llover mucho para que vuelvan los niveles a su ser por los rezumaderos y rompederos de toda la vida.

—En eso lleva usted mucha razón, que antes no se conocían por estos pagos esas máquinas que hacen unos agujeros tan hondísimos. *Pa* mí que desde que hicieron los sondeos de la Puebla, esto ha venido a menos, y eso que estamos retirados.

Sin embargo Tío Juan, no estoy tan seguro que la causa principal del agotamiento de las fuentes sea que llueva menos, porque juntando unos años con otros, y unos sitios con otros, no se nota tanta merma. Pero ni yo mismo estoy seguro de esto, que hay que darle más tiempo a la naturaleza para que enseñe la cara, que somos muy impacientes con esto del clima. Pese a esta coletilla de cautela, como me maliciaba, mi amigo hace una ligera muesca de desaprobación. Ya se sabe, para el que vive del campo «cada año llueva menos».

Pero hay más causas. ¿Cuando ha visto usted tanto monte y tan apretado como ahora? Ya no se hace carbón, ni se recogen leñas, ni el diente del ganado azota como antaño. Así, el monte se está apoderando de todo, y eso tiene efectos positivos, que duda cabe, pero que sepa usted que las fuentes someras las seca el monte, que de algo tiene que vivir. Otra cosa más, antes cualquier pedazo de tierra que podía se regaba, y parte del agua derivada desde nacimientos, arroyos y ríos se llevaba a balsas, acequias y tablares, y de eso vivían muchas de las fuentes bajas.

Y todavía quedan mas causas de la desaparición de las fuentes. Antaño se cuidaban, se mimaban diría yo. Se limpiaban de brozas, se repasaban sus minas y sus encañados, y siempre lucían lozanas. Hoy la mayoría están perdidas por la desidia del hombre, que ya no las necesita porque lleva la botella de agua en el *Land Rover*. Usted mejor que nadie sabe que cuando una fuente se reviene, por sequía o por pozos, corre peligro. Al

bajar los niveles, las conducciones y atajeas quedan a merced de ratas, topos y otros bichos que las taponan, y eso cuando no se asienta la tierra y se cierran los antiguos pasos del agua. Y ocurre que al volver a subir el agua para buscar su salida de siempre se la encuentra taponada y busca otros derroteros.

—¿Y dice usted que ahora no llueve menos? No sé, no sé. Yo creo que la culpa la tiene el hombre con el cambio climático ese.

*El hombre moderno ha antepuesto la técnica al humanismo.
Ha hecho del progreso una batalla campal
en la que triunfa y medra el más fuerte,
el más rapaz, el menos ético
... un progreso competitivo,
donde impera la ley del más fuerte,
dejará ineludiblemente en la cuneta,
a los viejos, a los analfabetos, los tarados y los débiles*

MIGUEL DELIBES, *Un mundo que agoniza*, 1979

